

LA INFAUSTA TRANSMUTACIÓN DEL AGUA

EL AGUA NO SIEMPRE HA sido H₂O o cosa parecida. A primera vista, esto suena a perogrullada, aunque, lamentablemente, no todo el mundo es consciente al respecto, cuestión delicada en extremo con motivo de la problemática actual del agua en el planeta, fruto de la evanescencia de la memoria mítica de otras eras. Es decir, seres como los sátiros, las ondinas, los elfos y otros monstruos o demonios familiares han ido desapareciendo de la ornamentación de las iglesias y catedrales, al punto de convertirse en pobres diablos que erran por los campos y caminos, o en gárgolas pétreas, o en hórridas brujas. En nuestro medio, esto no puede ser más irónico, habida cuenta de que Joaquín Antonio Uribe, en sus primorosos *Cuadros de la naturaleza*, no dejó de ocuparse de esta clase de seres como parte de su concepción integral de natura. Ahora bien, en la actualidad, dado el interés extendido por el mundo celta, manifiesto, por ejemplo, en la música maravillosa de artistas como Enya y Loreena McKennitt, algo se ha ido recuperando de tal memoria, que incluye, por supuesto, el universo del agua, cuestión importante si no perdemos de vista que se trata de la sustancia más estudiada por el ser humano. En otras palabras, el agua, como la materia en general, tiene historicidad. Por así decirlo, no es lo mismo, ni siquiera de lejos, el agua de retrete reciclada que el agua lustral.



CARLOS EDUARDO SIERRA C.

Entender esto implica conocer la Antigüedad y el Medioevo, requisito que satisfacen pocos autores, como Iván Illich, el crítico más lúcido de las contradicciones de las sociedades industriales, un investigador duro de ciencias blandas, nuestro mejor cicerone a este respecto. Illich trata tal historicidad tomando como punto de partida la puesta en duda de la belleza intrínseca del H₂O y de la reducción de todas las aguas a tan escueta fórmula. Sin desconocer la materialidad del agua, conviene no pasar por alto que cada época la trata de un modo particular, no faltan las creaciones sociales al respecto. Así, en esta época distópica, el H₂O que fluye por las tuberías medellinenses no es agua, sino, como destaca Illich en el caso de Dallas, una materia creada por la sociedad industrial. Esta sociedad metamorfoseó en forma grotesca el agua en un fluido con el que las aguas arquetípicas no tienen cómo mezclarse. Para colmo, la sociedad industrial pretende que hay un simbolismo estético en el matrimonio entre las aguas negras recicladas y el espacio urbano.

Para subrayar más esto, pensemos en una de las historias de terror de Venecia: la isla de Poveglia, también conocida como la isla de los

Sin desconocer la materialidad del agua, conviene no pasar por alto que cada época la trata de un modo particular, no faltan las creaciones sociales al respecto.

muertos. En plena Edad Media, cuando la peste negra aniquiló a un tercio de la población europea, los venecianos, ante el temor que cundió a la sazón, llevaron los cuerpos de los cadáveres y desterraron a los enfermos a dicho lugar tenebroso, y los cremaron en fosas comunes. En pocos años, más de 160.000 personas acabaron su vida en esa isla. En la actualidad, aunque el oleaje no es intenso, puede arrastrar restos humanos carbonizados, por lo cual los pescadores temen acercarse a la costa de la isla. Incluso, esta permanece fuera del alcance de los visitantes. En realidad, se precisan nervios de acero para ir a semejante lugar, plagado de historias de ultratumba dignas de Howard Phillips Lovecraft y Stephen King. De este modo, resulta una píldora difícil de tragar la de poner en un mismo nivel de comparación un agua putrefacta como la de la Laguna de Venecia con la nobleza del agua lustral, antecesora del agua bendita. He aquí un motivo principal que aparece también en la ciencia ficción, como en un cuento de Isaac Asimov, en el cual destaca la baja estima social hacia quienes se ocupan del manejo y reciclaje de las aguas negras y otras inmundicias.

El mundo celta fue sabio al respecto, puesto que, en sus celebraciones, era decisiva la intervención de los druidas (los “conocedores de la encina”) y de los expertos en artes mágicas. En particular, en la fiesta de Imbolc, celebrada a principios de febrero para anunciar el inicio de la primavera, el centro de atención eran las ovejas. Uno de los ritos claves era la bendición de los baños, a los que se hacía pasar a través del fuego de las hogueras rociados con agua lustral traída de fuentes sagradas y mágicas, purificada por los druidas. Con esto, los celtas pensaban que podían exorcizar posibles amenazas de epidemias y mortandad entre los animales y las personas. Hoy día, el uso del agua lustral persiste, incluso en circunstancias contradictorias, como cabe apreciar en una película del 2008, una producción conjunta entre belgas, holandeses y alemanes, cuya trama transcurre en una comunidad andina peruana afectada por la contaminación por mercurio de una empresa minera. En especial, una joven indígena, Saturnina, pierde a su prometido, envenenado por el metal. El hombre,

irónicamente, muere en un viaje a las montañas para proveerse de hielo, con el fin de contar con agua lustral para su boda.

Ahora bien, nuestra civilización acuñó una idea que damos por supuesta: el agua traída a la ciudad debe abandonarla por sus cloacas, idea que pasó a ser norma de diseño urbano cuando las ciudades contaron con estaciones de ferrocarril y sus calles tuvieron iluminación por gas. Cosa curiosa, semejante idea nació inspirada en un descubrimiento central en la historia de la medicina: la circulación de la sangre por William Harvey. Todavía en el Renacimiento, esta idea moderna de una materia destinada a seguir su curso fluyendo siempre de vuelta a su fuente era extraña, por lo que la circulación de Harvey constituyó toda una ruptura con el pasado. Más tarde, hacia 1750, la riqueza y el dinero empezaron a “circular” y se habló de ambos como si fuesen líquidos. Así, se concibió la sociedad cual sistema de conductos, al punto de que “la liquidez” quedó como metáfora dominante tras la Revolución francesa. De aquí que, desde entonces, las ideas, los periódicos, las revistas, la información, el cotilleo y, luego de 1880, el tráfico, el aire y el poder “circulan”. Por lo demás, del mismo modo que Harvey redefinió el cuerpo al proponer la circulación de la sangre, sir Edwin Chadwick, reformista social inglés, redefinió la ciudad al “descubrir” su necesidad de lavarla en forma constante. En otras palabras, hasta ese momento, las ciudades habían sido lugares olorosos como los que más. Nació así la pretendida utopía de una ciudad inodora. En suma, la civilización moderna quedó forjada sobre la base de analogías y metáforas, incluida la economía clásica. Para colmo, la contradicción llegó a tal extremo que, sea bajo la administración pública, sea bajo la privada, el costo para deshacerse del agua excede en varias veces el de traerla. Esto lo vemos por doquier con la proliferación de indiscretas obras hidráulicas.

Más grave aún, la paradoja ha crecido a causa del actual colapso civilizatorio. Por ejemplo, hay una situación dramática en el agro español. En concreto, en Andalucía, los problemas ambientales se salen de madre, sobre todo las

En el escenario distópico actual, el H₂O es la nueva materia de cuya purificación depende en grado sumo la supervivencia humana, un recurso escaso que precisa un manejo técnico, todo un tema de la ciencia ficción de las últimas décadas.

consecuencias del cambio climático: la erosión, la desertización, la subida del nivel del mar, la escasez de agua, la pérdida de biodiversidad y de productividad de los suelos y el deterioro de los agroecosistemas principales. He aquí un panorama dantesco que contrasta sobremanera con lo que fue el uso de la tierra y del agua durante la época de la España musulmana medieval, al-Ándalus, una cultura del agua cuya tecnología procedía de la civilización nabatea. Por desgracia, conforme avanzó la Reconquista, los cristianos carecieron del conocimiento para manejar la infraestructura correspondiente. Con todo, en Andalucía, algo queda de ese saber en los campesinos de la zona, pero es un saber evanescente ante el desinterés de las nuevas generaciones para continuar con el cultivo de la tierra. Así las cosas, una vez fallezcan los últimos ancianos campesinos andaluces, tal saber desaparecerá, un problema que se magnifica por el hecho de que, en las facultades de ciencias e ingeniería españolas, no hay quien lo conozca. ¡Vaya ironía del destino!

En cuestión de ironías, sorprende que la pragmática e industrial Antioquia haya tenido en su seno a un espíritu fino y aristocrático como Joaquín Antonio Uribe. En sus *Cuadros de la naturaleza*, no podía faltar el tema del agua, plasmado en varios de los artículos que los constituyen. Bello botón de muestra, he aquí un párrafo de su artículo dedicado a Alfonso Castro: “¡Una gota de agua! Para los poetas podrá ser una lágrima de la bella Aurora; para las flores, preciosa joya o licor suavísimo que alargará sus días de amor; para el labrador, una esperanza; pero para el pensador es un mundo de misterios, un océano de incógnitos ideales”. Como vemos, el agua fue, para

nuestro naturalista, una suma compleja de aguas arquetípicas, no el mero H₂O a secas. De lo contrario, hubiese hecho una enclenque divulgación científica. Empero, cosa funesta, durante la segunda mitad del siglo xx, como señala Iván Illich, lo que comenzó a salir del grifo dejó de ser inodoro. Desde entonces empezó a conocerse una plétora de contaminantes nuevos e impensados, tantos que mucha gente no quiso dárselo de beber a sus hijos. En otros términos, se completó la transformación del agua en un fluido limpiador, en un detergente industrial y técnico, por lo que esta perdió su poder para comunicar, por contacto, su pureza profundamente arraigada y, a su vez, su poder místico para lavar manchas espirituales. En el escenario distópico actual, el H₂O es la nueva materia de cuya purificación depende en grado sumo la supervivencia humana, un recurso escaso que precisa un manejo técnico, todo un tema de la ciencia ficción de las últimas décadas. De aquí que, para los niños de hoy, no sea posible observar el agua, sino apenas imaginarla al reflexionar en torno a una gota casual o un modesto charco. ¿Qué decir del Medellín actual, cuyas pilas de agua bendita suelen estar resacas? Curiosa paradoja si pensamos que el agua existía antes de que hubiese dioses; que, puesta entre los titanes, el agua que lava se tornó en la fuente del recuerdo, el manantial de la cultura, por lo que adquirió rasgos femeninos: Mnemosina.

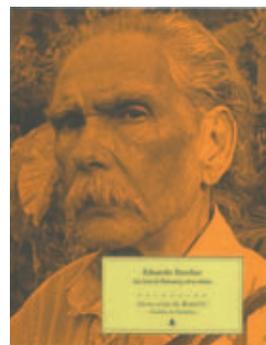
Nada como lo que sucede en esta época en algunas comunidades indígenas latinoamericanas para captar la reacción en contra de esta terrible pérdida del carácter sacro del agua. Sobre esto abundan los ejemplos, pero baste aquí con un par. De una parte, lo que sucede en Chiapas, uno de los estados mexicanos más consumidores de refrescos y, junto con Oaxaca y Guerrero, uno de los de mayor pobreza y desnutrición. Por supuesto, mientras los refrescos, sobre todo cierto líquido negro tenebroso de cuyo nombre no quiero acordarme, sigan al alcance de la mano y anestésien a las poblaciones para pensar en alternativas, será difícil tan necesario giro copernicano en materia de nutrición. Con todo, algunas comunidades han prohibido el consumo del líquido negro de marras y han

recuperado el consumo del pozol, bebida hecha a base de maíz. Por lo demás, las personas ciudadinas que han asumido tal boicot no lo han pensado dos veces para adquirir limones, papayas, sandías, naranjas y otras frutas propias de las comunidades, que antes no consumían, para darle sabor al agua.

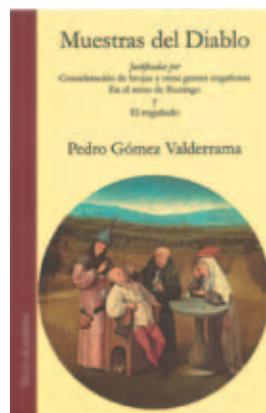
El otro ejemplo es un largometraje español del 2010 cuyo tema es la aún reciente guerra del agua en Bolivia (enero a abril de 2000), titulado *También la lluvia*. Dicha guerra fue una serie de protestas que tuvieron lugar en Cochabamba a causa de la privatización del abastecimiento de agua potable municipal. Los indígenas que aparecen en el largometraje resumen su visión del agua con una frase sencilla pero elocuente: “El agua es la vida”. He aquí una visión, heredada de sus ancestros, que uno de los protagonistas del filme, Daniel, expresó con no menos elocuencia al obsequiarle al español Costa un frasquito con agua cristalina, como muestra de gratitud. A la luz de este ejemplo, no sorprende que, en la Constitución que se votó en Ecuador el 28 de septiembre de 2008, quedase establecido el objetivo no del mayor producto interno bruto per cápita, sino del ideal indígena del Sumak Kawsay o (Suma Qamaña), esto es, el buen vivir, la vida plena. En particular, las primeras líneas del artículo 275 rezan así: “El régimen de desarrollo es el conjunto organizado, sostenible y dinámico de los sistemas económicos, políticos, socio-culturales y ambientales, que garantizan la realización del buen vivir, del sumak kawsay”. Claro está, la idea choca con la depredadora mentalidad occidental. En todo caso, en Ecuador y Bolivia, la naturaleza (o Pachamama) está reconocida como sujeto legal, y el agua como bien común, vital para natura y los seres humanos, pese al ruido hecho por las codiciosas corporaciones mineras extranjeras que ansían los “recursos naturales”, una lección todavía inmadura en Colombia, según lo demuestra la demonización de las justas reacciones comunitarias contra las corporaciones de marras y sus kafkianos secuaces locales. Entretanto, nuestra amnésica civilización, afectada por el síndrome del Titanic, prosigue su camino hacia el matadero. ■

{ Novedades }

*Las rosas de Damasco
y otros relatos*
Eduardo Escobar
Sílabá Editores
Alcaldía de Medellín
Medellín, 2017
220 p.



Muestras del diablo
Pedro Gómez Valderrama
Sílabá Editores
Medellín, 2017
202 p.



*In einer Kirche hast
du nichts verloren*
*Erzählungen aus
Kolumbien*
Esther Fleischer
edition 8
Zurich, 2017
142 p.

